EL CHINO, EL INDIO Y EL NEGRO

(Ensayo)

Alfonso Carlos González Ferrari

Esa noche no lograba terminar de dormirme.

El tiempo pasaba sin que dejara tranquila mi cabeza, que no hacía otra cosa que tratar de adivinar lo que ocurriría en la mañana siguiente y que me tocaría a mí.

Era casi la misma inquietud de nervios. Si, como si se tratara de la noche del 5 de enero, pero no se trataba para nada de la tan esperada e inquietante noche de reyes. No.

Incluso, mi desvelo aun siendo parecido, sin embargo, encerraba un tipo de duda diferente. Muy diferente.

La noche de reyes siempre inquietaba, sobre todo por los misterios que en ella se encerraban. Era todo eso de que tres reyes, con sus pajes correspondientes y con sus enormes camellos, cargados no solo con los regalos que nos dejarían a mis hermanos y a mí, sino también con tantísimos otros que irían dejando en las casas de los demás niños, se bastaban para llevar a cabo todo ello, en el trascurso de unas cuantas horas que se antojaban pocas para tal empresa, aunque interminables para los que anhelábamos un amanecer que parecía no llegar nunca.

Además, aquello de que llegaban en un cierto momento de la noche a casa, a un quinto piso, sin que nadie los viera ni los oyera, estaba más presente en mi vela que las dudas sobre los juguetes que por fin me traerían de entre los que les pedía en mi carta.

Todo era un gran misterio. ¿Cómo era posible todo esto y no una vez sino todos los años? ¿Cómo sin ser oídos, sin embargo, en casa siempre encontrábamos algunas pisadas de camellos? Y ¿Cómo además tenían tiempo, Melchor, Gaspar y Baltasar, con tanta tarea por delante, para incluso dejarnos escritas aquellas conmovedoras cartas, en las que nos instaban cariñosamente a que siguiéramos siendo buenos y queriendo mucho a nuestros padres para finalmente despedirse de nosotros dando las gracias por los turrones y las copitas de anís que les habíamos dejado preparadas?

Mis padres siempre le dieron a todo ello una gran importancia.

Pero no era ilusión e incertidumbre lo que ahora me desvelaba, quizá no era para tanto y lo que tenía que hacer era dejar de pensar en aquello que ocurriría a la mañana siguiente y dormirme lo antes posible si no quería que, a la hora de levantarme, la falta de sueño se convirtiera en la clásica

pereza para saltar de la cama, antes que se me hiciera tarde para ir al colegio.

Verdaderamente, ni cuando sabía que en el día siguiente era cuando tocaba la entrega de las notas del mes, me ocurría nada semejante en la noche anterior. Mis desazones, despertaban cuando se acercaba el momento de la llegada a casa de mi padre de regreso del trabajo y mi madre, que ya sabía de mis calificaciones, me enviaría a él para que las viera y me las firmara, para dar con ello constancia ante el colegio, de que en casa habían quedado enterados y al tanto de mis resultados.

Yo no era precisamente eso que se entiende por un niño estudioso, al contrario de lo que sucedía con mi hermano, el que me predecía, cuyas notas invariablemente eran aplaudidas y reclamadas siempre a ejemplo de lo que yo debía hacer. Lo mío era más la imaginación que la realidad y lo cierto es que tarde mucho en ser consciente de para qué iba al colegio y como se gestionaba eso de estudiar y aprenderse las lecciones, hasta que pasaron unos pocos años.

Ahí estaba, en parte, eso de soñar despierto y desvelarme, cuando algún acontecimiento próximo encerraba para mí algún tipo de intriga, misterio o duda, de tal suerte que invitaba a despertar mi imaginación.

Las notas del colegio, no tenían nada de eso, pues casi siempre podía imaginarlas, las presentía como quien conoce una maldición de la que es imposible escapar y que nada misterioso encierra, y por regla general lo imaginado solía coincidir bastante con la cruda realidad.

Pero lo que me esperaba el día siguiente que, al igual que ocurría con la noche de los Reyes Magos, se repetía cada año en la misma fecha, encerraba sin duda todo aquello que encontraba plenitud en mi forma de ser. Era un reto, una ilusión y una manera de realizarse ante los demás que, al menos a mí me servía en cierto modo, de bálsamo para resarcirme de aquellos sinsabores derivados de las dichosas notas.

Era una oportunidad para poder poner de manifiesto que yo tenía otros valores por los que consideraba merecía sirvieran como justa compensación a la imagen que sobre mí proyectaba la menguada respuesta reflejada por mis ramplonas calificaciones.

La cosa es que pasaba el tiempo y era preciso tratar de dormir y dejar de darle vueltas a cómo sería mi suerte en el sorteo y posterior reparto de las huchas y distintivos para la cuestación del día del DOMUN, razón de cuanto alteraba mi sueño.

No se disponía en el colegio de un número suficiente de huchas, así que era preciso sortear para ver a quien le tocaban en esta oportunidad y, de salir elegido, quedaba la incógnita de si en el reparto las huchas con las efigies de los habitantes de las misiones, tenías la suerte de llevarte la que más deseabas.

Para mí, por tanto, era importantísimo salir agraciado, pues se trataba de mi oportunidad para reivindicarme y no digo nada si además la figura que representaba la hucha que te dieran era la que más te gustaba. Gracias a ello, me convertiría, durante esos pocos días que duraba la cuestación, en centro de atención y protagonista entre los vecinos de casa y todas las personas de las calles que recorrías quienes, echaran o no, siempre te miraban con buenos ojos reconociéndote implícitamente como un niño bueno y formal.

En casa, tenías esos días de tregua pues eso de pedir para las misiones superaba momentáneamente cualesquiera otras actividades que se te pudieran exigir.

Había gran competencia para lograr conseguir alguno de los tipos de huchas y una muy especial la que representaba un indio americano adornado de plumas como las que en las películas de entonces llevaban los jefes comanches, era una de las favoritas. A mí, desde luego, la que más me gustaba y además parecía tener más capacidad que la que representaba a un chinito, aunque quizá algo menos de aquella otra que representaba un negrito africano. Lo cierto es que eran estos tres tipos los más comunes y solicitados.

El día de la entrega de huchas, una vez finalizado el tiempo de la cuestación, tu autoestima podía llegar a lo más alto ante tus profesores, incluidos aquellos cuyas asignaturas llevabas peor, así como ante tus propios compañeros, si lograbas llenar bastante tu hucha. Era un simple acto de recuento ante todos tus compañeros donde en función de lo que sumara en total lo recaudado por ti, se reconocían tus méritos y celo durante la cuestación.

Los curas de mi colegio eran tan exigentes en la enseñanza como agradecidos a aquellos que, aunque no fuéramos demasiado buenos estudiantes, respondíamos con celo y prontitud a colaborar en acciones como esta.
Nunca entendí, aunque ellos al autoexcluirse hacían que la competencia disminuyera, a los niños que no participaban porque les daba vergüenza o reparo pedir por las calles llevando huchas tan llamativas.

En fin, fueron pasando los minutos y poco a poco me fui amodorrando hasta caer completamente dormido. A las siete y media me despertaba mi madre y lejos de lo que hubiera sido lógico, salte como un resorte de la cama. Me invadía un irrefrenable deseo de llegar al colegio y contemplar la mesa de clase repleta de huchas a la espera de su reparto. Ningún mensaje, ninguna pregunta sobre el encerado, nada que atender ni responder al profesor. En cuerpo y alma centrado en las huchas.

No sé muy bien cómo, pero llegado el momento, me tocó el chino, la que menos me gustaba. Lo mío eran los indios y los vaqueros con sus caballos, las tiendas, los fuertes americanos etc. El pobre chinito no me decía nada. Inesperadamente, tuve un sobresalto, mi sueño me había anestesiado la ilusión primera. Mi madre volvió enfadada, ¡pero! ¿qué haces aún en la cama? ¡Vas a llegar tarde al colegio! ¿Arriba, vamos!, ¡Ya te he puesto el desayuno! ¡Tu hermano está ya casi para irse al colegio! ...¡este niño!, se marchó de la habitación murmurando entre dientes.

Lo que ocurrió esa mañana en el colegio no podía entenderlo y me llevó a un estado de confusión decepcionante. ¿Qué pasaba? Sobre la mesa de clase no había absolutamente nada. Ni distintivos, ni huchas ni nada. Un profesor nuevo, al que yo nunca había visto antes y a quien ninguno de los otros niños de clase parecía conocer, sin iniciar la clase con el habitual rezo de la mañana, o eso a mí me pareció, comenzó pausada y engoladamente a pasar lista como si nada pasara para, al terminar, anunciarnos:

…a la salida en secretaría se ha dispuesto una mesa…

¡Uf! ¡Ya se! Imaginé inmediatamente, en ella estarán los nombres y las huchas que podemos coger a los que nos haya tocado. Ya estaba deseando poder salir corriendo hacia secretaría cuando, continuando su anuncio dijo:

… en la que encontrareis los sobrecitos para los donativos del DOMUN.

Para a continuación apostillar,
…Las huchas con las efigies de chinitos, negritos indios, etc., han quedado prohibidas porque representan una clara discriminación racista, intolerable en una sociedad avanzada como la nuestra.
No podía entender absolutamente nada de aquella extraña explicación.

Mientras una sensación de desazón e incredulidad empezaba a apoderarse de mi cuando, de sopetón, un molesto e insistente pitido me devolvió a la realidad.
Era el aviso de despertar de mi “smart fon”. Hora de ponerse en marcha para un nuevo día.
Mi pesadilla nocturna había encogido mi corazón durante todo este tremendo sueño en el que la realidad actual me había transportado a un tiempo pasado en donde la cosas eran más sencillas y naturales. Donde la humanidad era diversa y a nadie se le ocurría que, por su reconocimiento, se pudiera encerrar discriminación o desprecio. ¡Si en los álbumes de cromos nos enseñaban las razas humanas, sin que nadie por ello se rasgase las vestiduras!

Claro que por lo visto no éramos entonces una sociedad avanzada.

Las razas y sus costumbres propias y diferenciales son tan naturales y reales como la dificultad para entremezclarse.
Racismo es el repudio o el odio al diferente, no la inclinación natural de cada cual a rechazar la imposición o invasión de modos, creencias o costumbres provenientes de otras etnias sociales.

Los niños de los colegios, no saben hoy lo que se han perdido, aunque eso sí, a cuenta del Halloween, pueden disfrazarse de cualquier raza, eso sí, siempre que sea con aspecto moribundo.

Cualquier día, los Reyes magos al igual que los pajes deberán estar sindicados o dados de alta en autónomos. O quizá serán virtuales.
Y no digamos de los camellos, pobres animalitos maltratados, que en modo alguno podrán ir cargados ni ser obligados a utilizarse, ni en caravanas ni en espectáculos, fuera de su hábitat natural.

En fin….